

ACTAS 2016

I Jornadas Nacionales de Investigación en Ciencias Sociales de la UNCuyo

25 y 26 de Agosto de 2016

"Perspectivas actuales en la investigación en ciencias sociales: problemáticas, enfoques epistemológicos y abordajes teórico-metodológicos"

En busca de la teoría perdida. A propósito de las conmemoraciones y de otras formas de hacer historia más allá de las memoriasⁱ

ISBN 978-987-575-164-4

Maria Celina Fares
mcelinafares@gmail.com

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Facultad de Derecho. Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Este trabajo es una especie de ejercicio de autoconocimiento que pretende anclarse en la historiografía y preguntarse acerca del cómo son los caminos que recorreremos en nuestra trayectoria investigativa. Esto supone responder acerca de las motivaciones iniciales, las teorías seguidas y las exploraciones abandonadas, los ensayos realizados y los trabajos de archivo recuperados así como las elecciones y recortes efectuados, para finalmente llegar a la construcción del objeto a través de la escritura. La ponencia tiene como punto de partida contar cómo encaré teórica y metodológicamente la elaboración de un artículo vinculado a la tradición historiográfica local y sus vinculaciones con la escuela franquista sevillana publicado en *Prismas, Revista de Historia Intelectual* en el 2011, cuya recepción me abrió invitaciones a encuentros y nuevas publicaciones a propósito de los sesquicentenarios latinoamericanos y las redes intelectuales hispanistas, así como la apertura de un nuevo proyecto de recuperación de memorias para nuevas historias.

Palabras Clave

historiografía, historia intelectual, biografías, conmemoraciones

ⁱ Este trabajo forma parte de mi tesis de posgrado denominada "*Identidades nacionalistas en el posperonismo*" en la UNCuyo, FFyL., dirigida por Fernando Devoto. Actualmente se encuadra dentro del proyecto denominado *Historias y Memorias de la UNCuyo. La construcción de un centro de documentación*, SECTyP., UNCuyo, el cual dirijo junto con Cecilia Molina y tiene como participantes a: Investigadores: Agüero, Pablo Federico; Bonomo, Cintia Soledad, Cortez, Lucia; Emili, Marcela; Falconer, Evelyn Marianel; Gallardo, Jorge Osvaldo; Gomez, Maria Luz; Masi, Alejandra María Del Carmen; Poquet, Herta Mónica; Rojas, Juan Facundo; Salim, Roberto Bernardo. Ayudantes de investigación Bauer Paredes, Mariana Ofelia, Becaria: Nasif, Alexia Fátima.

Introducción

Este trabajo es una especie de ejercicio de autognosis que pretende anclarse en la historiografía o al menos en lo que yo entiendo de ella; y preguntarse acerca del cómo, de los caminos recorridos en el proceso de investigación, lo cual supone también responder acerca del por qué, de las prácticas realizadas y el objeto construido, dejando en esta instancia la idea del a dónde se pretende arribar o qué quiero demostrar.

La ponencia tiene como punto de partida contar cómo encaré metodológica y teóricamente la elaboración de un artículo que salió en una publicación de prestigio de la UNQuilmes, *Prismas, Revista de Historia Intelectual* en el 2011 y que ha signado mi trabajo hasta el presente, ya que demandó nuevas ampliaciones del tema que fueron discutidos y publicados a partir de la discusión en diversos ámbitos internacionales (1).

Estos trabajos implicaron un ejercicio de recorte de las indagaciones que formaban parte de mi trabajo de tesis doctoral, con la intención inicial de cumplir con los requisitos que rigen las lábiles carreras de investigación de los docentes de universidades públicas (2), las cuales suponen acreditar publicaciones en revistas de circulación académica reconocida.

Había además otra motivación que tenía que ver no sólo con mi necesidad de validar mis indagaciones y contrastar mis avances en un ámbito que pudiera propiciar el diálogo con los entornos interesados en la temática, sino con la posibilidad de que la coyuntura del bicentenario fuera propicia para plantear temas que hasta el momento estaban fuera de la agenda historiográfica de moda.

Ambos expectativas tuvieron incidencia en el recorte del objeto y fueron moldeando no sólo sus contornos sino sus extensiones. Pero para dar cuenta de las decisiones tomadas y de los procedimientos encarados intentaré puntualizar algunos problemas que se fueron planteando a partir del planteo temático inicial sobre los procesos de transformación de los nacionalismos en la década del sesenta.

Mi punto de partida tenía que ver con la necesidad de dar respuesta a una pregunta de corte existencial, que era compartida por mi generación y que buscaba explicar un costado poco explorado por el campo historiográfico nacional. Me refiero a la experiencia que compartimos como estudiantes en la Facultad de Filosofía y Letras y especialmente en la carrera de Historia, la cual causó en mi un efecto de extrañamiento, sobre todo por los contenidos de las cátedras de historia argentina y americana, en el sentido que irrumpían en forma no del todo comprensible con las perspectivas que desde mis lecturas previas en las distintas vertientes del revisionismo en los setenta; ni tampoco con mis lecturas vinculadas a las innovaciones historiográficas que se

difundieron masivamente a partir de los 80 y los 90, en las que me iría formando a través de búsquedas individuales.

La evidencia de la fragmentación del campo era tan contrastante como la dificultad para explicarla desde el punto de vista historiográfico. Sólo aparecía como parteaguas la noche oscura de la dictadura, que inicialmente se mostró exitosa en su objetivo de borrar el pasado, y que sin querer sería continuado por la transición democrática en su ingenuo propósito de marcar una frontera y dar inicio a una democracia nueva (3). Pasó tiempo hasta que pudimos comenzar a responder por esa historia reciente, que debía ir más allá de los setenta para explicar la violencia, desde una mirada que no fuera la de los propios actores, aunque sí formara parte de nuestro registro experiencial, pero que ponía a jugar un nuevo capital simbólico de dimensiones teórico políticas e historiográficas.

En búsqueda de la teoría perdida

En mi recorrido personal encontré algunos insumos en los análisis que ofrecía la historia de la historiografía adquirida durante mi adscripción a la cátedra de *Introducción a la Historia* en la Facultad de Filosofía y Letras, por entonces a cargo de la profesora Marta Duda, pero que seguía la tradición de Margarita Hualde. Allí reforcé las lecturas que explicaban el tránsito de la renovación historiográfica europea, aunque nunca se hacía mención a la historiografía nacional. A partir de la configuración del paradigma positivista decimonónico que había acompañado la delimitación del campo profesional de la historia, fundada en el diseño del método crítico erudito y su validación científica fundada en una meticulosa y formal lectura fuentes escritas, se habían ofrecido los tradicionales relatos cronológicos de los procesos de formación de los estados nacionales en el marco de las teorías de la modernización. Las críticas que suponía la adopción del paradigma positivista aplicado a las “ciencias del espíritu”, no sólo cuestionarían la objetividad del historiador y las fuentes, sino el uso de una temporalidad lineal que suponía un relato narrativo descriptivo con fuerte carga teleológica, cuya finalidad legitimadora de determinados ordenes políticos desplazaba la complejidad de los procesos sociales y las problemáticas de más larga duración.

El objetivo de la crítica a la historia positivista tenía que ver con alcanzar el horizonte promisorio de la renovación representado por el paradigma de *Annales*, lo cual suponía recuperar los planteos de Marc Bloch sobre la historia problema, a partir de los cuestionamientos que desde el presente se hacen al pasado, adoptando nuevas concepciones de la temporalidad. Se trataba de la triple dimensión braudeliana, donde la larga duración se convertiría en el objetivo final, sin que ello supusiera desplazar los ciclos o coyunturas como tiempo medio, pero sí limitar la significatividad de los acontecimientos, al priorizar a los actores sociales y la determinación de las lógicas colectivas, por sobre los acontecimientos y las acciones individuales. De allí la conexión de la historia con las otras

ciencias sociales, en tanto y en cuanto eran portadoras de métodos científicos capaces de aportar herramientas innovadoras que dotaran de validez empírica y teórica a las nuevas indagaciones propuestas por la renovación historiográfica. Los paradigmas cuantitativistas, estructuralistas y el marxismo proveyeron a dicha renovación de insumos que le permitían mantenerse dentro del paradigma objetivista del cientificismo imperante.

A pesar de la hegemonía que logró la historia social por largo tiempo (Devoto, F., 2010), la misma no iba a ser tan convocante, por lo menos para los que no nos resignábamos a subordinar el lugar de la política para la explicación de los problemas que, desde el contexto internacional signado por la guerra fría, había afectado tan profundamente al campo nacional. Sobre todo por el impacto que la dictadura del 76 había tenido sobre el horizonte con que nos habíamos proyectado al futuro desde los imaginarios revolucionarios de nuestra generación precedente en los setenta.

De allí que como una especie de resonancia fantasmagórica reaparecía en un imaginario compartido la pregunta por el enigma argentino, replicándose -aunque con distinto uso-, la matriz sarmientina. La pregunta sobre el cómo - de un proyecto revolucionario se pasaba a una dictadura-, no tenía el mismo signo ideológico en el siglo XIX que en el XX, cuando la revolución soñada lo era en las claves de las izquierdas católicas nacionales e internacionales y la dictadura lo sería en las claves de las derechas católicas reaccionarias y neoliberales.

Trabajar sobre las modulaciones políticas, atendiendo a las miradas historiográficas que se dieron en la larga década de los sesenta que iba de 1955 a 1969 (Terán O., 2006: 17) parecía ser la perspectiva y el tiempo adecuado para intentar responder una serie de preguntas en torno a la mutación de identidades y los procesos de bifurcación del nacionalismo católico, tanto hacia la derecha como a la izquierda, lo que si bien era una certeza en el plano de la experiencia, seguía formulándose como hipótesis en los planteos disciplinarios (Altamirano, C., 2001: 122) campo así como en los elementos de internacionalización que jugaron a favor de la radicalización y del uso de la violencia.

Otras lecturas entonces ofrecerían herramientas, aunque no era fácil bajar la producción teórica e historiográfica referida a los nacionalismos, y más difícil aún vincularla a la propia experiencia. Ni el dictado de cursos de pre y posgrado, ni las selecciones bibliográficas (Fares 2002), ni los intentos de sintetizar las trayectorias históricas de los nacionalismos y de la cuestión nacional (Fares, 2009) fueron ejercicios suficientes para elaborar un instrumental adecuado para la reconstrucción de mi objeto, aunque ciertamente ayudaron a entrenar mi mirada.

Entre ellas la revisión historiográfica que apuntaba a desmontar el mito de los orígenes y la observación de los mecanismos puestos en juego para la “invención de la nación” en términos de Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, -aunque reconsiderados por Anthony Smith y Elías Palti-. Las

lecturas deconstructivas de los estados modernos si bien abrían las puertas a la cuestión nacional mirada desde la lógica de los propios actores y las experiencias regionales, no ingresaron en la cuestión de los nacionalismos, acotando la problemática de los estados modernos al siglo XIX, tal como lo haría J. C. Chiaramonte para la Argentina.

Estas miradas desde el interior fueron desarrolladas por autores preocupados por la derivación de los procesos de modernización en el siglo XX europeo, generando nuevas interpretaciones del fascismo. George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile, partieron del lenguaje, de la cultura, de las creencias, de los símbolos y de los mitos de sus protagonistas, me ayudaba a comprender aspectos significativos de los regímenes políticos, más que las abstractas tipologías o las comparaciones de regímenes que con sutil inteligencia nos enseñara el profesor Cristian Buchrucker, desde su cátedra de Historia Contemporánea, si bien eran indicativos de la importancia de los elementos culturales, no eran del todo aplicables para el análisis de los procesos subterráneos de pervivencia de subjetividades nacionalistas.

Estos giros hacia adentro, hacia la interpretación de cómo los sujetos daban cuenta de su existencia, se apartan del paradigma objetivista de la historia de la civilización moderna, y nos llevaban nuevamente a repensar la genealogía del historicismo, que volvía a cobrar nuevos significados, a través de los señalamientos de Fernando Devoto (2012). Desde la concepción de Vico y Dilthey acerca de la diferencia entre la posibilidad de un conocimiento cierto en el marco del racionalismo de las ciencias naturales y la de un conocimiento verdadero de las ciencias del espíritu, donde era la propia experiencia del sujeto la que posibilitaba una hermenéutica que suponía un pluralismo de verdades no excluyentes.

Desde otros paradigmas, las filosofías de la sospecha representadas por Nietzsche, Freud y Einstein abrirían una grieta definitiva con la noción del racionalismo ilustrado de una verdad universal sobre la que se había fundado la modernidad. Las reverberaciones de este pensamiento crítico tendrían impacto tanto desde la filosofía política que denunciaría a la noción de modernidad en términos de Noam Chomsky como categoría a histórica, euro céntrica, tecnocrática y comprometido con filiaciones imperialistas, como desde perspectivas epistemológicas que bajo la teoría de la inconmensurabilidad de los paradigmas de Hans Khun, ponía en cuestionamiento la hegemonía de las categorías de la modernidad para la comprensión del pasado.

El impacto de dichos cuestionamiento en el quehacer histórico no era menor. No sólo se fragmentaría el campo, sino que se debilitaría la relación entre pensamiento y realidad, rompiéndose los antiguos cordones que unían pasado y presente. Las críticas a los grandes relatos de la historia de la humanidad no se hicieron esperar y desde la misma izquierda británica se cuestionaría al marxismo estructuralista poniendo en entre dicho la credibilidad de las narrativas sobre historia de

la modernidad fundadas en criterios de objetividad científicas y en un optimismo ingenuo fijado en la idea de que el mundo era conocible.

Así desde los límites advertidos desde otras disciplinas, como por la propia auto-reflexión de la historia social, se abrían nuevos caminos, que iban ahora desde adentro hacia afuera, donde el conocimiento conjetural, hipotético y argumentativo ofrecía otras maneras de encarar no ya una historia social, sino diversas historias de la sociedad a través de sus prácticas y representaciones.

La concepción del conocimiento como una forma de ejercicio del poder en términos de Michel Foucault y la lectura que de él hiciera Paul Veyne, promovieron la reconstrucción de nuevas series que explicaran la aparición y los usos de las palabras y las prácticas en determinados contextos, inicialmente concebidas como raras, no explicables de acuerdo al *espíritu de la época*, y en los cuales su significación no estuviera dada por una filiación a un origen esencial, sino como la recuperación de una trama o tejido que hubiera permanecido inexplicado (Fares, M.C., 2003).

Inspirados en él, los enfoques culturales proponían salidas y ampliaban géneros: biografías, memorias populares, representaciones del pasado y de representaciones raciales, historia desde abajo, microhistorias, o estudios subalternos, de imaginarios sociales, producirían una expansión notable del campo, donde la pluralidad empírica aparecía como requisito previo para pensar en patrones culturales unificadores.

En lo personal me demoré en la noción de cultura política (Fares, M.C., 2003b) entendiendo cultura no sólo como representación o superestructura, sino plasmada en las formas activas del poder y de la construcción social, y revisada desde el dispositivo imaginario instituido- instituyente proveía de otras fuentes y recursos para observar los mecanismos de invención y significación de conceptos, no sólo el de nación como constructo legitimador del estado tal como lo venían usando los historiadores, sino el de representación, como elemento central de la legitimidad democrática y de su crisis que sería replanteado por los politólogos.

Pensar la crisis de representación que atravesaba a los años noventa a través de la noción de imaginario instituido –instituyente, acuñado por Cornelius Castoriadis (Fares, 1998), me sirvió como ejercicio no sólo para incorporar las formas de subjetividad colectiva como elemento fundante de la cultura política, sino como un dispositivo que ayudaba a desmontar la construcción de teoría angloamericana de ciudadanía (Sommers, M., 1996)) y específicamente la idea de representación (Manin, B., 1992) sobre la cual se había construido la idea de modernidad, y el corpus central de la tradicional historia de las ideas políticas desde donde pretendía deconstruir mis premisas teóricas (4).

Si podíamos analizar los magmas significativos que subyacían a los imaginarios presentes, con herramientas que hacían observable la dimensión subjetiva, podíamos también analizar el pasado del

cual también formamos parte. Si como decía Benedetto Croce *-toda historia es historia contemporánea*, en el sentido que *responde a las necesidades presentes* y es este presente *el que vibra en aquellos hechos-*; si la historia no es lo que le pasó a los otros, sino a nosotros; por qué no hacerse cargo de la historia reciente, donde la experiencia nos proporciona intuiciones que podrían ser válidas aún con más certezas que las que tendemos hacia pasados más lejanos?

El primer desafío fue intentar armar un marco nacional referencial que diera cuenta de la existencia de esas líneas de bifurcación por las que soterradamente habían pervivido las tradiciones nacionalistas en el posperonismo. La reconstrucción del campo político partidario de las derechas nacionalistas me permitió sacar a la luz la breve existencia de un partido llamado *Unión Federal* (5) y ponerlo en relación comparativa con las experiencias de *Unión Republicana* y de *Azul y Blanco*. Si bien se trataba de experiencias efímeras, eran lo suficientemente irrefutables para proyectar su permanencia. Otros autores y trabajos darían cuenta de ello. Para mí era suficiente como para poder encarar la tarea de recuperación de experiencias locales, aunque no tenía claro el cómo.

El pasado reciente se convertiría así en una cantera que ofrecía historias particulares, periféricas en las que nosotros mismos habíamos experimentado sentimientos de extrañamiento y sobre el cual podíamos aplicar dispositivos críticos, herramientas analíticas y hermenéuticas, que nos ofrecieran ciertas garantías para reconstruir a través de trayectorias intelectuales cruzadas por perspectivas más amplias y contextualizadas que fueran capaces de reducir en la medida de lo posible los puntos de vistas ciegos que siempre existen.

Sumaba así nuevos instrumentos que me habilitaban a seguir la inspiración foucaultiana para poder pensar en construir el propio archivo desde aquello que observaba como rareza, en los límites o bordes de la historiografía nacional, desde un lugar de frontera que había mantenido tradiciones periféricas incomprensibles. Comenzó entonces a tomar forma la idea de observar la emergencia de determinadas formaciones discursivas que se constituían en dispositivos disciplinarios al mismo tiempo que políticos, configurando regímenes de verdad desde los que se enseñaba y se aprendía.

Si bien esas formaciones discursivas se usarían en función de reconstruir subjetividades e identidades políticas, la noción de contexto le daría un sostén material incontrastable a la hora de insertar la experiencia en un campo que articulaba espacios académico – políticos, que tenía como punto de partida un espacio local, pero iluminaba escenarios nacionales desde focos transnacionales. De hecho sería la interpretación de los textos en contextos lo que se constituiría en una especie de amparo frente al temor que inspiraba la idea derridasiana de que *“no existía nada fuera del texto”*, acusada de dejar fuera la materialidad/realidad

Las lecturas de Quentin Skinner (1985) nos ayudaron a interpretar los textos como parte y reflejo de los usos y las negociaciones simbólicas de las relaciones de poder, y donde el carácter metafórico

del lenguaje, no significaba perder el anclaje con la realidad. Se trataba entonces de retomar la relación entre los textos y sus autores, pero ahora poniendo el énfasis en los significados que le deban los contextos.

Desde estas premisas previas volvimos a plantearnos la cuestión de la nación y los nacionalismos, sustituyendo nuestra antigua pretensión de dar continuidad a la historia del concepto, para interesarnos en los usos de los mismos, puestos a jugar en los usos de los sujetos en contextos definidos por sus redes de circulación y sus imbricaciones políticas.

Para ello la historia intelectual nos brindaría más pistas para nuestro propósito: las lecturas de las lecturas internas de sus textos en momentos de emergencia y su vinculación con los contextos se hacían significativas a través de las trayectorias intelectuales individuales que observadas relacionamente evidenciaban redes académicas que articulaban determinados posicionamientos políticos. La lectura de François Dosse (2007) terminó de pulir el tránsito de la historia intelectual a la de los intelectuales, donde los sujetos vuelven a cobrar protagonismo, pero ya no son los mismos. No se trata de los grandes pensadores o escritores que marcan una época, ni de las lógicas clasistas elitistas o populares que desglosaron las mentalidades, sino de aquellos sujetos que con mayor o menor notoriedad, reflejan, reproducían, traducían diversos modos de representación social, que por sus significatividad servían para explicar determinadas culturas políticas y formas de institucionalidad.

Así lo biográfico, lo individual cronológico y lo político que había sido tan devaluado por la historia social acuñada por *Annales*, volvía al centro de la escena pero con otras intenciones. El intelectual interesa como portador de una práctica discursiva, donde lo que importa es el efecto de lo que dice, la acción política que implica el uso de sus argumentos. Así la lectura interna de los textos se inscribe en lecturas diacrónicas o verticales donde se vislumbra la tradición y sus modulaciones en función de las coyunturas, pero también una sincrónica u horizontal que ilumina el campo de conflictos y las redefiniciones de aquel presente. En este sentido coincidimos con F. Dosse (2007: 15), con no dejarnos atrapar por posicionamientos a priori, si la semántica de la historia conceptual koselleckiana, si la contextual skinneriana, si la hermenéutica de Ricoeur, sino dejándonos trabajar en los textos en función de su emergencia y de los atravesamientos endógenos y transversales que los producen y explican (Schorske, 2011:19).

A propósito de la memoria y las conmemoraciones

El Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810 ofrecía una oportunidad, la de aprovechar el renaixement memorialista de reconstrucciones y conmemoraciones, para introducir un tema que no

estaba en la agenda, como fue la circulación de las perspectivas historiográficas de los años sesenta en función del sesquicentenario.

La obsesión conmemorativa respondía solo a una coyuntura nacional, observada por la crítica antikirchnerista como las formas de exacerbación del relato, mientras que para el oficialismo lo leía en términos de triunfo por la batalla cultural. La multiplicación de significados que el presente le otorgaba a hechos del pasado ya venían recorriendo el escenario occidental tomando como referencia los festejos del bicentenario de la Revolución Francesa o los recuerdos europeos del cincuentenario del fin del Segundo Guerra en 1985, poniéndola a jugar en 1989 con la caída del muro y el fin de la guerra fría, acompañados de una literatura que parecía poner en riesgo el status de la historia frente a los avances de la memoria.

De hecho la publicación de la obra *Le lieux de la mémoire* dirigida por Pierre Nora (1997) había puesto en relieve la preocupación por la multiplicidad de usos del pasado, los cuales asociados a la idea de François Hartog (2003) sobre los regímenes de temporalidad y el imperio del presentismo, terminaron de hacer visibles los desplazamientos de los historiadores puestos a la zaga de las demandas sociales, pero que paradójicamente reposicionaba a la historia como un centro del interés del espacio público presente sumido a diverso intencionalidades y usos políticos.

Se trataba de una coyuntura más amplia, estimulada por la desafección que provocó el proceso de globalización la reducción de la escala y vuelta a lo local, era propiciaba para la recuperación de repertorios memorias alternativas que tuvieran que ver con la reconstrucción de identidades pretéritas y que sortearan las representaciones vinculadas al estado nación para proponer otras redes de vinculación identitaria.

De allí el interés de los historiadores por retomar no solo las memorias individuales o colectivas sino las formas de celebración pasadas, tanto las fiestas patrias - cincuentenarios, centenarios, sesquicentenarios, bicentenarios-, como otros eventos sociales significativos que representan formas de sociabilidad, que guardaban intencionalidad política, ya fuera de cohesión social, legitimación institucional o configuración de identidades colectivas. (Traverso, E., 2007)

Mientras el pasado se convertía entonces en un campo de lucha por significados presentes y la historia oral, a pesar de la estrechez de sus debates técnicos sobre el uso de fuentes, ampliaba su participación en la oferta de insumos problemáticos; la historia se convertía en términos de Raphael Samuel (1994) en una *forma orgánica de saber*: inspirado en las experiencias de la vida real. Aparecían nuevos puntos de partida para explorar imágenes del pasado, que rearticulaban la circulación entre lo público y lo privado, entre los textos o discursos publicados y las biografías intelectuales inmersas en dinámicas institucionales pero atravesadas por las experiencias y las

formas de interpretación particulares, habilitando cada vez más a la interdisciplinariedad, para poder dar cuenta de la multiplicidad de la historia.

La posibilidad de replantear una especie de neo fenomenología (Spiegel, G., 2009: 30), en la que el sujeto volvía a ser central en la explicación de la dinámica entre texto como acontecimiento y contexto como estructura, convertía a los hallazgos discursivos empíricos en una representación temporal e impermanente; donde eran los mismos historiadores y no solo sus textos, así como la tradición ideológica, política e historiografía en que se inscribían, los que se volvían objeto de la historia.

Este giro de la historia sobre si misma nos habilitó el ejercicio analítico de la biografía de historiadores locales, donde los cruces diacrónicos y sincrónicos entre tradiciones ideológicas e historiográficas con contextualizaciones político institucionales, fueron pensadas no tanto desde la perspectiva psicosocial de relatos más literarios, sino desde abordajes contextuales e institucionales, donde la modulación de ciertos conceptos y enfoques historiográficos permitían adscribir las trayectorias individuales a experiencias colectivas.

A partir del uso de las categorías koselleckianas de *campo de experiencia*: lecturas compartidas del pasado y/o presente y *horizontes de posibilidades o expectativas*, que reflejan la proyección de escenarios compartidos deseables, se configura una argamasa de articulación simbólica, que se sostiene conjuntamente con la evidencia empírica de espacios y relaciones compartidos.

Así en el trabajo que releva el cruce de trayectorias académicas e institucionales en el marco de sus contextos políticos y se sus tradiciones disciplinarias, las lecturas internas de sus textos - académicos y de divulgación-, que circularon a propósito del sesquicentenario, abrían un cono de luz para interpretar la permanencia institucional así como la circulación de personas e ideas que conformaron una red epistémica de larga duración, que promovió desde diversos espacios y posiciones, una cultura política nacionalista de derecha con modulaciones temporales diversas.

En nuestro caso particular los matices de re significación individual de los *campos de experiencia* no alcanzaban a borrar las perspectivas culturales, filosóficas e historiográficas compartidas por esta especie de tercera línea, que absorbió el profesionalismo empirista de la nueva escuela histórica y los valores y tradiciones del revisionismo, y que encontró en el hispanismo, como mito y doctrina de las políticas del franquismo, un componente tradicional y al mismo tiempo modernizante que aglutinó a gran parte de los nacionalismos de derecha argentinos en los años sesenta.

La escritura sobre estas trayectorias individuales hechas colectivas, cruzadas y nutridas por las perspectivas conceptuales e intelectuales de lo político, nos permitió redefinir los componentes culturales de sus perfiles ideológicos en el marco de la guerra fría y el posperonismo. Sus *campos de experiencia* perfilaron una identidad que guarda relación con los nacionalismos de antaño,

retraducidos por la experiencia franquista, en torno a los tradicionales valores de orden, autoridad y tradición frente a los peligros legados por el racionalismo individualista, pero que ofrece diversas modulaciones en relación a cómo adaptaron sus horizontes de expectativas en el cambiante contexto de la posguerra. Mientras algunos acentuaron su carácter reaccionario marginándose dentro de círculos del catolicismo integralista o de un profesionalismo tradicionalista, otros sectores más pragmáticos supieron articular los valores de la tradición con propuestas políticas modernizantes.

Proyecciones

Desde estas perspectivas era posible construir el propio archivo, para uso propio o de generaciones posteriores. La recuperación de memorias individuales a través de entrevistas de larga duración que contaran trayectorias académicas y profesionales, en forma de recuerdos recreados e inventados por los sujetos, con el propósito de ser vistos, leídos e interpretados como textos complejos, cruzados, fragmentarios y no necesariamente ciertos; ofrece la posibilidad de ver lo generalizado y abstracto a través de lo personal, y lo personal como político, social e intelectual, como invención de identidades.

Nuestro proyecto en marcha pretende construir un centro documental de memorias de la UNCuyo pretende usar las representaciones guionadas por los sujetos y por los investigadores, contadas como relatos de experiencias vividas que ponen en relación la esfera psíquica y mundo externo (Eley, J., 2008). Esa micro historia de un individuo que concentra un capital simbólico colectivo y que ilumina a través de su trayectoria académica, intelectual y / o profesional, todo un circuito de sociabilidades y redes epistémicas y políticas, dejando traslucir los efectos de las políticas públicas en las dinámicas institucionales corporizadas en biografías colectivas.

El conocimiento de las luchas del pasado por la construcción de campos disciplinarios y espacios académicos puede servir para contextualizar las luchas presentes y comprender la dinámica en la que nos hallamos como actores, inmersos. Los recortes de objetos si se quiere modestos o individualizados del propio locus, que han dejado de lado los ambiciosos planteos de la historia social, no dejan de ser significativos en la explicación de los determinantes sociales, económicos, culturas y políticos que operan al interior de las instituciones y que se articulan en redes mucho más amplias que muestran las relaciones de subordinación que van mucho más allá de los análisis clasistas o las de centro periferia que dominaron los años sesenta. El uso de argumentaciones que incluyen cuestiones ideológicas, de conciencia y subjetividad ayudan a proveer de mayor y más sofisticada información a la hora de reelaborar un dispositivo crítico pero no demoledor de las grandes narrativas.

Se trata de mantener una historia viva, donde la subjetividad política recupera interés, trabajando en conjunto con distintos campos disciplinarios y en función de los problemas del presente, sin olvidar que el núcleo duro de los historiadores es el de la temporalidad, donde el uso adecuado de los archivos, la capacidad de buscar, generar y cruzar información y la habilidad para hacer una interpretación contextual que no traicione las lógicas del pasado en función de los intereses del presente, pero que tampoco olvide el para qué hacemos historia.

Notas

- (1) El Seminario realizado en Lima en diciembre del 2013 se denominó *Los usos de la Independencia. Los sesquicentenarios en América Latina* fue convocado por el Instituto Francés de Estudios Andinos, La Universidad Autónoma de San Luis de Potosí de México y la Universidad Pontificia de Lima, cuyos resultados acaban de publicarse en México. Otra instancia de validación fue el Coloquio Internacional denominado *Pensar las Derechas*, convocado por France, Amériques, Espagne – Sociétés, pouvoirs, acteurs (FRAMESPA) y la Universidad Nacional Gral. Sarmiento (Argentina) en julio 2016, cuyos resultados están en evaluación para publicación.
- (2) Me refiero al desvinculado sistema de incentivos que pretendió paliar el déficit de producción científica en las universidades y terminó fortaleciendo un sistema bipolar que concentra los recursos en los sectores que están en la cúspide titulares con categorías I y II, generalmente pertenecientes a CONICET, dejando fuera a gran cantidad de Jefes de Trabajos Prácticos con dedicaciones simples, los cuales sólo pueden persistir si sus ingresos provienen de otras fuentes. Cfr. Follari, R. (2008) *La selva académica* Los silenciados laberintos de los intelectuales en la Universidad, Rosario: Homo Sapiens.
- (3) La ilusión democrática del 83 se fundaba en la idea de quiebre con el pasado de degradación institucional, enunciado en el discurso alfonsinista como una antítesis entre la dictadura asociada con la muerte y la democracia con la vida, lo cual implicaba una fuerte carga de optimismo en la recuperación institucional que al poco tiempo contrastaría con la dimensión económica y corporativa de la vida política. cfr. Carlés Aboy, G. 2001:166 y ss.
- (4) En mi tesis de maestría en Historia de las Ideas Políticas Argentinas presentada en 1998 se tituló *La crisis de representación en el imaginario social mendocino*, tensionaba los márgenes del canon disciplinario cruzando perspectivas teóricas de la filosofía política y empíricas de la psicología social, en torno a la cuestión de la calidad democrática, tan focalizada por los estudios políticos desde mediados de los 90.

(5) Mis primeros trabajos sobre Foucault los escribí durante mi adscripción a la cátedra de Introducción a la Historia inspirada en los cursos que por entonces dictaban Norma Fóscolo y Omar Gais en la FCPyS a principio de los 90.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- ANNINO, Antonio (2010) *Conferencia dictada en la UNSalta 17 septiembre 2009* en la entrega del honoris causa en Boletín Bibliográfico electrónico 5.
- BISSO, Andrés, KAHAN, Emmanuel Nicolás y SESSA Leandro (editores) (2014). *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*. Bs AS.: Ceraunia.
- CARLÉS ABOY, Gerardo, (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación política de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- CASTORIADIS, Cornelius (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2. *El imaginario social y la institución*. Buenos Aires: Tusquets.
- CHOMSKY, Noam (1969) *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos (los nuevos mandarines)*. Barcelona: Ariel.
- ELEY, Jeoff (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia.
- DEVOTO, Fernando (2010). *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires: Biblos.
- DEVOTO, Fernando (2012). Seminario de Posgrado *Historiografía y práctica histórica*. En el marco del Programa Interdisciplinario de Alta Formación, INCHUSA, CONICET, Mendoza.
- DEVOTO, Fernando *La historia de la historiografía, itinerarios y problemas*
- DOSSE, François (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*, U.de Valencia.
- FARES, Maria Celina (2002). *Los nacionalismos y las libertades individuales*. Selección de textos, Materiales de Ingreso, Facultad de Derecho, UNCuyo.
- (2003). "Cómo se escribe la historia, Foucault revoluciona la historia". Reseña en *Confluencia, Revista de Ciencia Política y Administración Pública*, FCPyS, UNCuyo, año 1, Revista n°2.
- (2003b). La cultura política un objeto compartido... *Confluencia, Revista de Ciencia Política y Administración Pública*, FCPyS, UNCuyo, año 1, Revista n°2.
- (2007). *La Unión Federal: ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*. Mendoza: UNCuyo- ExLibris- Astrea.

- (2009). Perspectivas y abordajes en torno a la nación y los nacionalismos. Tensiones y complejidades de una problemática inconclusa. *Millcayac, Anuario de Ciencias Sociales y Políticas*, Mendoza: UNC., FCPyS.
- (2011). Tradición y reacción en el sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina. *Prismas Revista de Historia Intelectual*. Buenos Aires, año 15, n°15, 2011, 87-104.
- (2016) “Conexiones atlánticas entre el franquismo y la periferia a propósito del Sesquicentenario” en *Los usos de la Independencia Los sesquicentenarios en América Latina*, México: Universidad Autónoma de Potosí, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)
- (2016) “Las caras del hispanismo: tránsitos y perfiles de intelectuales de derecha en la posguerra” en Segundo Coloquio Internacional “Pensar las derechas en América Latina en el siglo XX”. Buenos Aires, UNGS. (en prensa)
- FOLLARI, Roberto (2008). *La selva académica Los silenciados laberintos de los intelectuales en la Universidad*. Rosario: Homo Sapiens.
- HARTOG, François (2003). *Régimes d'historicité. Presentisme et expérience du temps*, Paris: Seuil. Traducción al castellano (2007). *Regímenes de historicidad*. México: Universidad Iberoamericana.
- IGGERS, Georg (2012). La historiografía del siglo XX. De la objetividad científica al desafío posmoderno. Chile: FCE.
- KOSELLECK, Reinhart (1993). “Compromiso con la situación y la temporalidad”, pp. 173-201. En *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós.
- (1997). “Cambio de experiencia y cambio de método”. En *L'expérience de l'histoire*. Paris: Gallimard/Seuil.
- (2001) *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- MACRY, Paolo (1997). *La sociedad contemporánea. Una introducción histórica*. Barcelona: Ariel.
- MANIN, Bernard (1992). "Metamorfosis de la representación". *Nueva Sociedad "¿Qué queda de la representación política?"*. Buenos Aires, CLACSO, 9- 40.
- NORA, Pierre (1997). “Entre mémoire et histoire. La problematique des lieux” en *Lieux de mémoire*, Paris: Gallimard, tomo 1.
- PAGANO, Nora (2010) “La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos”. En F. DEVOTO, *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires: Biblos.
- SAMUEL, Raphael (1994). *Theaters of memory*, citado por ELEY Jeoff (2008) *Ob.Cit.* p. 234.
- SCHORSKE, Carl E. (2011). *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- SKINNER, Quentin (1985). *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. t.1. El Renacimiento. México: FCE.
- SOMERS, Margaret R. (1996) ¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica en la formación de conceptos. *Zona Abierta*, 77/78. Madrid, 31-94.
- SPIEGEL, Gabrielle (2009). “Comentario sobre Una línea torcida”. *Entrepasados, Revista de Historia*, Año XVIII, nº 35, p.30.
- TERÁN, Oscar (2006). *De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TRAVERSO, Enzo (2007). “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en M. Franco y F. Levin (comp.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.